

De Amicitia...

Monique LaRue

Traducción de Arturo Vázquez Barrón
y Roberto Rueda Monreal

En las antípodas del mundo del libro, poblado por grandes rivalidades, intereses y ambiciones, la novelista quebequesa Monique LaRue ubica el mundo de las revistas, un refugio esencial para el cultivo de la amistad y la sencillez en la literatura.

La necesidad de revistas no es muy diferente para mí a la de amistad. Su improbabilidad tampoco.

¿Por qué se encuentran las revistas en disonancia con lo que se denomina “el mundo del libro”, como se dice, casi siempre, en vez de mundo del comercio del libro?

Porque mantienen una relación diferente de sociabilidad.

“Lo que [...] llamamos amigos y amistad, nos dice Montaigne, no son más que uniones y familiaridades trabadas merced a algún interés, o merced al acaso por medio de los cuales nuestras almas se relacionan entre sí”.

Definición de revista literaria...

No es malo revisar con lupa a los clásicos para descubrir lo que, en una época, es la respuesta a una necesidad permanente, o al menos a una antigua necesidad, del ser humano.

Un escritor puede negar por mucho tiempo la necesidad de amistad, hacer esfuerzos por creer que los libros, las palabras y los autores muertos le son suficientes para pensar y relacionarse consigo mismo. Después de todo, la soledad y la independencia intelectual forman parte, en el más alto grado, de la vida que eligió.

Sin embargo, dice Aristóteles, “sin amigos, nadie querría vivir, incluso si estuviere colmado de todos los demás bienes”. La amistad podría existir hasta entre los pájaros. Y su necesidad se deja sentir tanto al escritor como a los demás. Más que a los demás, justamente, porque ha elegido ejercer un arte que le exige soledad en el corazón de su vida.

Si está tentado a prescindir de los demás, esto es quizá porque la amistad no es algo que se da por sentado cuando se es escritor. El escritor no sólo está obligado a la soledad sino que, y decirlo es un lugar común, en todas partes resulta un extraño. Se aparta de los demás, lo quiera o no, y los demás se apartan de él.

A quien escribe novelas, por ejemplo, incluso sus allegados le temen porque los observa y los critica, porque puede transformarlos en objetos, utilizarlos. En todo caso pueden, por su parte, sentirse observados, juzgados, interpretados, fantaseados por él. No tienen la obligación de sentir que es agradable ser transformados en personaje. Hay grados en la relación entre el artista y sus allegados. Así como un pintor puede pintar por amor y un escultor esculpir por amor, un novelista puede muy bien ejercer su arte respetando a los demás, puede incluso decidir que dicho respeto por sus allegados será un límite a su arte —todo artista crea planteándose limitaciones—. Pero también hay escritores que literalmente utilizan su vida y a sus allegados, y los reciclan, ya sea que tengan conciencia de ello o no. Es posible que esto resulte necesario y se justifique. Pero, si son escritores, seguramente dan por sabido, como se dice, que utilizar a su prójimo es lo contrario a la amistad. Tenemos la certeza de esto desde Aristóteles.

El escritor querrá tal vez acercarse a su entorno natural, los demás escritores, para compartir sus problemas relacionales. Conozco a varios escritores que no frecuentan sino a otros escritores, y de nuevo en este caso el fenómeno se observa desde la Antigüedad Clásica. “Lo semejante va hacia lo semejante,

cuervo con cuervo, y cosas así”, dice Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*.

Pero en su medio profesional, ¿encontrará el escritor lo que busca, una amistad literaria, una amistad intelectual?

La amistad es una relación que se caracteriza por su gratuidad, por su carácter inexplicable, intempesitivo e imponderable. Es lo contrario a una relación por interés.

Ninguno de estos caracteres se encuentra en “el mundo del libro”, en el cual todo escritor se ve obligado a vivir y que forma su medio profesional natural.

En el mundo del libro las relaciones son en general por interés, lo son “objetivamente”, y tal vez hasta “subjetivamente”.

Y vuelvo a citar a Aristóteles: “Los que se aman por utilidad no se aman por ellos mismos, sino en la medida en que se les origina mutuamente un bien”.

No estoy diciendo con esto que no hay amistad posible entre un escritor y su editor, entre escritor y crítico, entre escritor y periodista. Pero es ciertamente excepcional porque no hay, en principio, amistad posible cuando uno puede servir al otro.

Por esas mismas razones, tampoco creo mucho en la amistad entre el escritor y su lector. Aun si ambos comparten el amor gratuito y desinteresado por la literatura, están en una relación de seducción ambigua, en una relación fundada en el acto de gustar y el placer. Hay que imaginar a un lector amigo, sin duda, pero dicho lector cortés y benevolente no necesariamente es una persona real. Lo que observamos en las mesas de un salón del libro entre el autor y los lectores que se le acercan, hojean

su libro, le hablan, lo hacen hablar de sí, no me parece en sentido estricto “amistoso”. Y es que, sigue diciendo Aristóteles: “Igualmente los que se aman por placer. No se ama a los ingeniosos por ser de una índole determinada, sino porque a uno le resultan placenteros”.

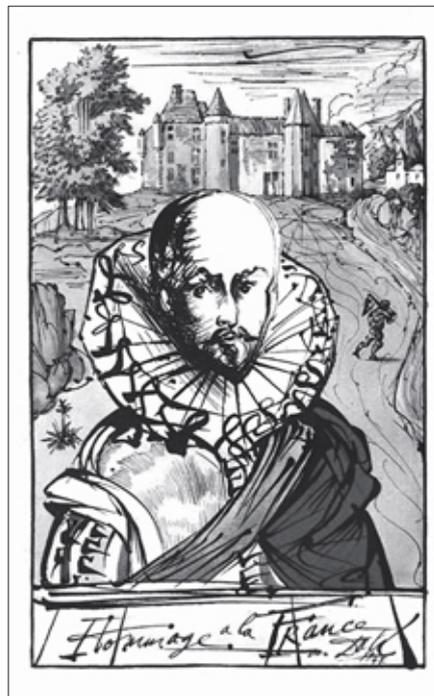
En una revista, al contrario, yo diría que no está en juego un gran interés por los tiempos que corren. Las revistas, al menos en Quebec, están subsidiadas, no se venden mucho, a nadie vuelven rico, no son muy leídas y no provocan muchos celos. No ponen en juego demasiado poder o prestigio personal —salvo, por supuesto, en ciertos momentos épicos y probablemente anticuados en los que la gente se pelearía por ideas, ortodoxias, y hasta por el control editorial—. No pueden hacer que alguien se vuelva famoso ni tienen gran peso, supongo, en la evaluación del *currículum vitae*.

No le interesan a nadie, como diría Montaigne.

Se caracterizan, al contrario, como la amistad y como la literatura, por su gratuidad y su ausencia de justificación real y concreta. Las revistas están ahí debido a lo que Montaigne llama nuestra “libertad voluntaria”. Nadie está obligado a participar en una revista. Es por eso, me parece, que resultan tan improbables y tan necesarias. Son lugares que funcionan de otra manera y que funcionan como funciona la literatura, a su imagen y semejanza.

La amistad también implica la benevolencia, el deseo del bien del otro.

Desear el bien del otro es algo inusual, por decir lo menos. Entre escritores, es una cosa muy delicada.



Salvador Dalí, ilustraciones de los ensayos de Montaigne, 1946

Un escritor quiere por fuerza ser el mejor, en todo caso mejor que el que se encuentra a su lado en la mesa del salón del libro. Mordecai Richler hace decir a uno de sus personajes de *Gursky*: “La única razón de escribir [es] crear una obra maestra”.

¿Es posible querer ser mejor que los demás y querer su bien? Sí, quizás, entre gente civilizada y urbana, la emulación artística puede casarse con el deseo del bien del otro y la benevolencia sincera, y no estoy diciendo que no haya amistad posible entre escritores, para nada. Esta amistad, creo, puede incluso superar los azares de la ruleta mediática. Pero aun así sigue siendo ambigua y sobre todo frágil; sufre con facilidad el contragolpe de las circunstancias, cuando se está en competencia directa por un premio importante, por ejemplo. La primera exigencia de la amistad es admitir con franqueza tales dificultades. Estamos separados por la búsqueda artística. Aristóteles nos advierte: “El día en que los amigos dejan de ser agradables, dejamos de quererlos”.

Y sin embargo, el escritor necesita relaciones de amistad con otros escritores. Y si trabajan juntos en una revista con un objetivo compartido, para hacer literatura juntos como los músicos hacen música cuando tocan juntos, la amistad puede volverse más concreta y más real entre escritores e intelectuales, porque cada cual encuentra su placer en un acto común que implica compartir afinidades, gustos comunes, evaluaciones críticas comunes, el deseo del bien común, en nuestro caso un bien, o una pasión, de orden intelectual y estético, que incluye por supuesto la presencia y la exploración del mal.

“La amistad se nutre de comunicación”, nos sigue diciendo Montaigne. Implica que todo pueda decirse, como se hacía en Bloomsbury, ese memorable lugar de amistad intelectual. La vida intelectual exige esa absoluta independencia de intelecto y esa absoluta libertad de palabra.

En un equipo de revista, tales exigencias, que pueden oponerse, han de quedar reunidas. La palabra tiene que circular. Hasta el sectarismo será compartido. Si en una revista literaria tiene uno que mordearse la lengua siete veces antes de hablar, la revista no durará.

Las revistas pueden ser bastiones, guarniciones, polvorines. La guerra puede infiltrarse al interior de los comités de lectura, ya lo sé. La amistad intelectual no excluye evidentemente la discusión y el enfrentamiento, pero en libertad y bajo el signo de la benevolencia, lo que no significa necesidad, complacencia o ñoñería.

Aunque fuera para conservar la chispa de la libertad de palabra, las revistas son refugios esenciales.

Así, son mucho más importantes de lo que se piensa. Quizá su contenido podría transmitirse, materializarse en otras formas, pero la amistad intelectual que se puede encontrar en una revista es, por su parte, un bien esencial, poco común, difícil de encontrar.

Según Aristóteles y Montaigne, la amistad podría existir “principalmente entre los hombres”. Incluso si han transcurrido los siglos, yo diría que sigue habiendo poca tradición de amistad intelectual entre las mujeres. Las amistades femeninas se fundan a menudo en el afecto, más que en la afinidad intelectual. Entre hombre y mujer, todos saben por lo demás que la amistad intelectual tampoco se adquiere, porque el sentido de la vista, como dice Aristóteles, viene a introducir atracciones de otro orden. En fin, todo medio intelectual es una cesta de cangrejos, masculinos o femeninos.

Así pues, como todo lo que existe en verdad, las revistas están ahí porque hay una carencia, porque, si se quiere vivir en una cesta de cangrejos o en un desierto, éstos no son lugares aptos para la creación. La necesidad de revistas está ligada a los valores de la vida en común, a la sociabilidad y la urbanidad, a ese tipo de relaciones entre intelectuales y escritores que la comercialización de la literatura y, sobre todo, de aquellos que la hacen, ha vuelto aun más infrecuentes que en el pasado, si algo así es posible. Al amparo de la interfaz inevitable, brutal, del comercio puro y del arte puro, son lugares donde se puede perder el tiempo haciendo algo sin saber muy bien con qué objeto ni en qué desembocará precisamente. Por el placer de editar el texto de alguien más, de leer textos de amigos, de gente que más o menos comparte gustos y afinidades. Son un lugar de palabra y de comunidad. Por supuesto, existen los riesgos del amiguismo y la mediocridad. Pero las revistas también pueden ser un medio en el que cada quien busca lo mejor que hay.

Mis palabras quizá no justificarían la existencia de revistas a los ojos de los administradores. Ellos tienen sus razones, su escala, que ahora es mundial.

Pero a esta escala, aunque indiscutiblemente es la nuestra, la amistad es poco probable. Y lo repito una última vez, sin amistad el ser humano no puede vivir. “Parece que nada hay a que la naturaleza nos haya encaminado tanto como a la sociedad” (Montaigne).

En este sentido, las revistas son el ejemplo microscópico de una apuesta de civilización más general y lo que ayudan a preservar es algo mucho mayor que ellas mismas: es la literatura, sin duda, la vida del intelecto, y también la sociabilidad de la sociedad que, lo sabemos, no es de ninguna manera un pleonismo. **U**